

RESIDENCIA

La Autoridad Competente, que encabeza la numerosa comitiva, coge la tijera de la bandeja de plata, (un acontecimiento así no merece menos) y corta la cinta con los colores de la Bandera Patria, y en ese momento permite el paso a cualquier curioso que quiera husmear dentro. Una multitud se apretuja detrás de las autoridades deseosa de contemplar la magnífica obra que se había anunciado como un gran logro para la comunidad, gracias al esfuerzo del personaje que en ese momento cortaba la cinta de colores. Todo ha estado precedido de discursos sensibleros que han hecho soltar alguna lágrima de ojos blandos con incontinencia lagrimal. También alguna risa contenida de los más descreídos e impíos, campea sobre la impaciencia de los adictos a aquellos actos donde suele haber algún refrigerio en bufete libre. ¡Chiissssss...!



Ante los allí congregados, una vez traspasada la puerta que habilitaba el paso sobre la valla de hierro, se abre una larga avenida, recién pavimentada, delimitada por árboles adultos que protegían el paso de los visitantes del inclemente sol del verano, hasta morir en una rotonda que daba paso a la entrada principal del edificio. Una escalinata central, y dos rampas laterales, al pie de un gran portalón, permitían la entrada al Santuario. Sobre la puerta principal, un cartel de artístico trazo rezaba lo siguiente: “LA COLINA” Residencia Geriátrica. (Un lugar para almacenar ancianos) Aplausos y vítores. Y queda inaugurado el complejo que servirá de última residencia a los allí internados. Antes las bandejas ya han sido liberadas de su apetitoso contenido. (¡Amén!)

.- ¡Casa para viejos! ¡Eso es lo que debería decir ese maldito cartel! ¡Casa para viejos! Pues eso es lo que somos los que estamos aquí, y no otra cosa: ¡Un atajo de vejestorios! Residencia Geriátrica, ¡Ja, ja! ¡Una broma! Atados a una silla de ruedas, esclavos de la incontinencia, fuera del mundo, enterrados aquí dentro de porvida, maltratados por la edad... ¡Y encima tenemos que contemporizar con la sonrisa fingida de los visitantes! ¡Atajo de hipócritas!

El run, run de un murmullo aprobatorio recorre la alameda, y una constelación de ojos eclipsados vagan por un horizonte inexistente. Sombras y más sombras, aunque en lo alto reluzca un esplendoroso sol. Allí abajo, el paso de los años ha encarcelado en sombrías mazmorras la luz a los ojos mortecinos, y las calaveras, protegidas por exóticos tocados, asienten, con su tic enfermizo, el rosario de lamentos. Siempre es

atardecer en la florida alameda. Los rosales florecen malva, y el vendaval de suspiros apenas altera la firmeza de sus pétalos.

- ¡A ver cuándo engrasas bien estas malditas ruedas!

- Las ruedas están muy bien engrasadas. El ruido, es por que estamos rodando sobre la gravilla del paseo.

- ¡Pues llévame por el cemento! ¡Este ruido me va ha volver loco!

- Tranquilícese señor Daniel. Hemos de pasear por este camino. Es bueno para su salud el pasear bajo el aroma de los eucaliptos.

- ¿Y a quién le importa ya mi salud botarate? Tú me traes hasta aquí para ver si cojo una pulmonía y me muero pronto.

La alameda se llena de rabia y quejidos. Solo la irrealidad que habita en aquellas cabezas desubicadas, dejará escapar risas que pueden confundirse con alguna clase de alegría. Incierto. Solo tristeza y sombras. A lo más, resignación.

Los árboles muestran, como ropa tendida al sol en sus ramas, suspiros. Turbios suspiros de corazones desecados por nostalgias antiguas de cosas nunca soñadas. La ceguera proyecta su visión con celuloide rancio sobre una pantalla impresa con mentiras y protagonistas, fantasmas, de una sí soñada ambición. En la alameda del eterno suspiro, el firmamento, siempre tiene abierto el parasol.

Rosarito saca del interior de su bolso un sobre, lo sostiene entre sus manos durante un largo momento mirándolo fijamente. La mujer acerca el sobre a sus labios, y



lo besa con adoración. Por fin abre la solapa y saca el papel que hay en su interior.

- Mis admiradores no me olvidan. Estas cartas de amor son ahora mi mejor alimento. Al leerlas noto que en mi interior revivo de mi actual decadencia, y la juventud ya ida vuelve a recorrer mis venas.

La misiva muestra una pátina de mugre, que delata el manoseo a que el papel esta expuesto como única muestra de la imaginaria colección de cartas amorosas. La carta es leída una y otra vez entre suspiros, y desde los ojos, la intérprete, quiere comunicar al resto de su anatomía los sentimientos por ella inventados. Lee:

- Amor, estos suspiros llevarán hasta ti el calor de mi deseo. Retiene el caballo alado de tu pecho, y guarda hasta nuestro próximo encuentro, la impaciencia de tu amor.

La imagen acartonada de la mujer, sentada en un banco bajo la arboleda, retoca la pámela con que cubre su cabeza, y vuelve a leer la carta. Ese es ahora su destino. A lo lejos suena la campana con insistencia llamando a los internos. Es la hora de la sopa. La mujer, guarda el sobre en el bolso, y con paso torpe y precipitado, se dirige al comedor.

La campana, que vive en la espadaña que hay en el tejado del edificio, suena, y su sonido insistente rompe los sueños y las fantasías de quienes todavía pueden tener ese entretenimiento. Su sonido repite una misma llamada: ¡Es la hora de la sopa! ¡Todos al comedor! Entonces se inicia un desfile que recuerda a los ejércitos derrotados. Muletas, bastones, y sillas de ruedas, complementan una gran variedad de vendajes, medias para piernas varicosas, y toda clase de prótesis. Hermoso cortejo digno de ser presenciado por una reina. ¿Alguien quiere ser reina? Reina de los vivos-muertos, o de

los muertos-vivos. ¡Que más da! ¡El que se porte mal, se queda sin postre! Las batas blancas revolotean entre la infantería. Suenan cucharas y tenedores.

Las hojas de los grandes árboles, agitadas por los fantasmas, ocupantes del reconvertido castillo, caen siguiendo el ritmo de una decadente melodía, y van componiendo sobre el camino una alfombra con matices ocres, propios del otoño. El sonido de esa lluvia silvestre, acompaña los pies de los paseantes, y se hace eco de todos aquellos sonidos prohibidos. Sonidos de aire fresco, de lluvia, de vida...

De noche, en el jardín, ruge el viento, y hace, con su terrible aullido, embozarse en sus camas a quienes, con el paso de los años, y la edad, conservan la virginidad de un miedo infantil. Ignorancia y miedo se enroscan entre las sábanas, émulo del sudario que ya se está elaborando en las cocinas del mundo. Por la mañana, en la alameda, ante el espejo del nuevo día, llorarán todo lo perdido y los caminos nunca andados. La alameda siempre está húmeda, como cubierta por una eterna escarcha. Y mientras, el ojo vigilante, cuidará que todo esté en orden.

El viaje por la triste alameda nunca debió de haber comenzado. Las alamedas tristes no deberían existir. El viaje de no retorno, al menos, debería tener como único horizonte praderas anchas y verdes. Alegres, siempre alegres. Nunca la desesperanza debe ser pasto de aquellos que van despacio en busca de un final seguro, si bien incierto por desconocido.

Merceditas nunca debió traspasar la cancela que delimita la alameda triste, pero su viaje, ese viaje, según le dijeron, se había hecho inevitable e inaplazable. Una visita a la entidad que custodiaba sus escasos ahorros, una despedida corta a las amistades que aún le quedaban, llenar la maleta, un recorrido en taxi hasta el pie de la escalera, besos y abrazos fingidos, para despedirse de los parientes que le han acompañado hasta allí y que desde hacía tiempo que la estaban despidiendo de sus vidas. Lo sentimos, y un ¡Hasta luego! colectivo, que nunca se ha cumplido, y Merceditas queda instalada en la colmena de la alameda triste. Allí terminan muchos viajes.



Los fantasmas nacen cada noche, en algunos casos durante todos los días, sobre el blanco inmaculado de estériles sábanas. Y cada noche, a veces durante el día también, los fantasmas van a estrellarse sobre el frío enrejado que limitaba su mundo real. Por la mañana se reconocerá la culpa.

Cuando las ranas abandonaron la charca aquella calurosa noche veraniega de luna llena, como todas las noches en que el calor apretaba más de la cuenta, los veraneantes se acomodaron en sus mecedoras. Preferían oír el croar de las ranas antes que el soporífero programa de televisión de turno. Pero esa noche, los vecinos de la colina, iban a vivir una experiencia inolvidable. Aquella noche, la sinfonía del croar, cambió su pentagrama, y sonaba entre sinuosas modulaciones. Y el trasfondo, como novedad, sonaba triste. Algo extraño tenía que ocurrir para aquel cambio. Muchos

dirigieron sus miradas hacia la vecina colina donde, en aquel castillo restaurado, estaba la triste alameda y sus habitantes. ¿Era allí donde estaba ocurriendo?

Rolindez Pérez, aquella noche, también montó su hamaca en la terraza de su casa, desde donde tenía una visión privilegiada de la charca y sus conciertos raniles. Ella había llegado a la colina hacía apenas dos años. La casa había quedado vacía porque su dueña se había marchado a vivir los últimos años de su vida al castillo reconvertido en residencia. Los familiares tuvieron mucha prisa por vender la propiedad, y ella supo sacar un buen precio por la casa. Ella quiso vivir allí, precisamente por tener tan cerca la residencia para mayores. Estaba sola en la vida, y un día u otro, tendría que hacer el viaje hasta algún castillo reconvertido, y aquel le gustaba. Ella tuvo la suerte de asistir a la inauguración de la residencia, y lo que vio le gustó, y así lo tenía planeado.

Al escuchar el triste canto de las ranas, Rolindez, sintió que un malestar le recorría el cuerpo. En un gesto involuntario, mira a la colina donde estaba el castillo. Algo allí en lo alto estaba por ocurrir, y ella sentía que iba a formar parte de ello. No sabía por qué, pero así lo sentía. Ajena a sus propios actos, entra en la casa, se dirige a su habitación, saca del armario una maleta y comienza a llenarla. Había llegado la hora de hacer el último equipaje.

Rodrigo siente que esa noche, su lugar, no está en la habitación. Algo le impulsa a salir al pasillo arrastrando sus torpes pies, y tratando de burlar la vigilancia de las celadoras, (nada difícil pues a esas horas todas dormían) sale al patio y se dirige por la alameda triste hasta la balaustrada que cae sobre el valle. Allí, en el centro del fértil valle, está el pueblo. Su pueblo. Eso es lo que él ve en su alucinación.

- Allí. Allí está la calle y la casa. En esa casa nació. En esa casa he vivido toda mi vida hasta que me trajeron aquí. Mira, mira, sale humo de la chimenea. Seguramente, como cada domingo, mis hijos, y mis nietos, están cocinando la paella. Pondrán la mesa al amparo del limonero. Habrá sol y alegría. Después, luego del postre y el café, vendrán hasta aquí a visitarme. Ya les espero con impaciencia. Siempre me traen unos pasteles. Domingo, mi compañero, dice que tengo suerte de tener una familia tan unida. Yo le digo que ellos sufren mucho por tenerme aquí, pero que esa era mi voluntad. Ellos no querían.



Una mentira piadosa que él repite siempre que tiene ocasión. A él le gustaría que le salieran alas para poder volar hasta el valle, hasta su pueblo, hasta su casa, con sus hijos, con sus nietos, pero eso no era posible. Él estaba allí encerrado lejos de su vida, en aquella vida que no es vida. Una ráfaga de viento frío recorre la alameda triste alborotando la alfombra de hojas muertas. Rodrigo siente un estremecimiento. Se acurruca en el banco para protegerse del hielo que parece que le está invadiendo. Su mano asoma sobre la balaustrada queriendo alcanzar, allá abajo, el producto de su desvarío. Las lágrimas graban en su rostro nuevas estrías, y un profundo suspiro pone alas a su corazón que abandona su cuerpo y sale volando en busca de su utopía.

Esa noche los internos notan movimiento en el castillo. Por la mañana, en el desayuno, faltaba Rodrigo.

Una cama ha quedado libre.

¡Pronto la ocuparán!

Emilio Marín Tortosa.